

## Hombres, ideas y libros

### ✓ Los últimos libros de Ortega y Gasset

**E**N la España contemporánea la figura de José Ortega y Gasset se yergue señera y con relieve personalísimo. La soberana independencia de su criterio; la seriedad legítima, sin sombra de histrionismo, de su juicio; el brillo y vigor de su incomparable estilo; la universal cultura que demuestra su inteligencia, flexible y vivaz, siempre apta para acoger todas las excitaciones del ambiente, hacen de este pensador uno de los individuos más interesantes de la presente hora española. Pero tiene este escritor un carácter que no es familiar en su tierra. Es la universalidad—no vano cosmopolitismo—de sus preocupaciones, estudios, lecturas y puntos de vista, opuesta en grado insigne a la provinciana y estrecha consecuencia del español corriente, sea escritor o no lo sea. Este pensador vive atento al minuto que pasa, y ningún sector de la vida humana le es ajeno.

Periodista, y de los maestros, es Ortega y Gasset, aún cuando trate de las más permanentes cosas en el más reposado de los tonos; porque es de periodista esto de vivir siempre alerta, captando lo nuevo al sentirse su primer vagido. Pero el autor de «El tema de nuestro tiempo» tiene una virtud que no posee ni podría poseer jamás, sino por excepción, un periodista. Es su ecuménica cultura, el reposo intelectual que se advierte en su formación de estudioso, la solidez de su criterio y el hábito de reflexión que una educación severísima y prolongada durante veinte años dejó en su conciencia. Alguna vez el mismo escritor ha recordado sus largas jornadas de estudiante en una vieja

ciudad alemana en donde todo gira en torno a la venerable Universidad. Los mejores profesores fueron entonces sus maestros, y los secretos de la metafísica, los laberintos de la lógica, la maraña de la filología, todo el bagaje cultural que puede transmitir a un hombre una admirable institución docente, pasó al cerebro y a la sensibilidad de este hombre ejemplar.

Vuelto a su patria, Ortega y Gasset ha adoptado la actitud del *espectador*: ve pasar la vida, observa el fluir de los acontecimientos del mundo, pero no olvida hacer de ellos series lógicas, acotar campos propicios al juego de su pensamiento disector. Y este espectador, por esto, es un espectador que en su aparente descanso no reposa, sino que ejercita hora por hora la gimnástica de la lógica y hunde en los hechos y en las ideas una mirada tan certera, que vale por una disección. Su pensamiento está encuadrado en método tan severo y la formación de sus instrumentos es tan rigurosa, que en su criterio resplandecen las luces de una claridad singular. La trivial opinión de pseudo-letrados que atribuyen a Alemania la tenebrosidad de cierta filosofía, tiene en este escritor un desmentido facilísimo. En tierra germánica educó, afinó y depuró Ortega y Gasset, durante lustros, su sensibilidad y su intelección. ¿Y quién, al leerlo, ha podido tachar de obscura su forma o su idea? No sólo es claro su pensamiento, sino que difunde claridad. En cada hecho o idea que examina logra colocar una luz que antes no existía. Gracias a ella podemos ver cosas que no habríamos sospechado sin el concurso de ese testimonio inteligente.

Ahora bien, Ortega y Gasset ha publicado en el curso de los últimos meses un número crecido de libros. El objeto de estas líneas no es otro que especificar algunos caracteres de estas obras cargadas de pensamiento y ligadas, por tanto, a una vida superior. Los libros de que vamos a tratar son cuatro: «El espectador», tomos V y VI; «Espíritu de la letra» y «Mirabeau o el político». Todos ellos han aparecido en el curso del año, si bien algunos importantes fragmentos de los dos primeros tienen fechas muy anteriores. Todos ellos, también, son en mayor o menor grado, glosas oportunas de la realidad. Pero la palabra glosa debe tener

aquí su más lato sentido. El comentador se siente llevado, a través de los temas que escoge, hacia las más lejanas sugerencias. A veces su artículo es todo una pura digresión, y el hecho escogido—libro, obra artística, acontecimiento de la vida general—sirve de sostén impreciso a una arquitectura conceptual que no depende de él. Este procedimiento digresivo llega a su culminación en «Mirabeau o el político», ensayo que por su longitud podría contener algo más que el tema enunciado en su título, sin pugnar con su propia índole. Pero no nos adelantemos.

\* \* \*

En 1916 emprendió Ortega y Gasset la tarea de recopilar en tomitos de breve tamaño algunos de sus trabajos literarios y filosóficos. Esta colección, a la cual quiso dar el autor una periodicidad no rigurosa, recibió el nombre genérico de «El espectador», de ilustre prosapia literaria. Y esta empresa, que Ortega y Gasset calificó de «obra íntima, para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el «gran público», que debería, en rigor, aparecer manuscrita», es uno de los mayores éxitos de su autor. Reediciones de los primeros números y gran venta de todos los demás son los índices de la acogida que tributó el *gran público* a «El espectador» y de la actitud que conserva respecto de él. Pero este público, a pesar de agotar las tiradas de los libros de nuestro autor, apenas puede ser calificado de grande. Está compuesto, eso sí, por fieles y devotos lectores de Ortega y Gasset, distribuidos en todas las latitudes. Pero es tan constante y firme la adhesión de estos lectores, que cada obra del escritor, adquirida a la vez por los diez o veinte recogidos admiradores que en cada población importante de habla castellana tiene Ortega y Gasset, dura poco en los escaparates de las librerías. El *gran público* de este pensador no es, pues, un público extenso como el de un novelista pornográfico o arcaizante, sino un conjunto de muchos pequeños núcleos de fieles lectores de su obra.

El tomo quinto de «El espectador» se abre con un dilatado ensayo sobre un grupo de ideas que se presentan al escritor a medida que atraviesa la llanura patética de Castilla. Lo que parece simple correría se convierte en desfile de ideas; lo que al principio amenaza no ser sino relato de un viaje en automóvil es pretexto para esbozar teorías y para lanzar pensamientos que tienen vida duradera. Y de pronto, sorpresivamente, el autor entra en materia. La contemplación de unos soportales le recuerda una época, ya ida, de la existencia española. En ese período se acometían y realizaban obras de gran esfuerzo, como hacer soportales que protejan al transeunte de la lluvia y que tienen una admirable adecuación comercial. Ese acto de librar al hombre de las molestias inherentes a la vida natural es el primero en que se revela el designio oculto de los constructores de ciudades. «La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él sólo porciones selectas, pulidas y acotadas».\*

Luego, a medida que marcha, el autor para mientes en los castillos, altaneras construcciones que a espacios irregulares interrumpen la monotonía azul del horizonte. Ellas son las que le han de proporcionar materia para las cien páginas del ensayo. «El derecho señorial lleva en su raíz misma la guerra»; «el castillo presupone la guerra cotidiana, la vida como beligerancia»; «...el afán típico de la época muestra que aspira donde quiera a la integración de los opuestos y no a la exclusión»; «el arte y la pura ciencia viven de ser problemas, y sólo pueden interesar sinceramente a gloriosos equipos de aventureros»; he aquí, cogidos al azar de la relectura, unas cuantas de las numerosas observaciones que prodiga el ensayista en estas páginas que titula «Notas del vago estío». Cada una es el centro o el origen de una disquisición llena de ese sostenido fuego que pasa por todas las páginas de Ortega y Gasset.

Más, mucho más concentrado se muestra el pensamiento del escritor en tema muy diverso, como es el que trata a continua-

---

\* «Espectador», tomo V. pág. 17.

ción. «Es falso, es inaceptable—dice •,—pretender seccionar el todo humano en alma y cuerpo. No porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar dónde nuestro cuerpo termina y comienza nuestra alma». Y en seguida un análisis penetrante y sutil nos conduce a distinguir en «el todo humano» tres sectores que el autor llama «Vitalidad, alma y espíritu». Significa esto dar a la persona las *tres dimensiones* que van a permitir al pensador establecer, más adelante, indicaciones muy sugestivas para multitud de disciplinas, entre las cuales puede citarse la *caracterología*, motivo del párrafo sexto de este trabajo, el más considerable de todos los que lo componen. Entendemos que son simples ampliaciones de estas ideas los artículos que sobre el amor ha venido publicando Ortega y Gasset en la prensa española y bonaerense en los últimos meses. Cuando sean reunidos en volumen podremos seguir en ellos, de modo menudo, el desarrollo de estas observaciones que hoy debemos contentarnos sólo con aludir.

Finaliza este quinto tomo del *Espectador* con un breve artículo, «Fraseología y sinceridad», que es muy ameno alcance a cuestiones ya tratadas en el ensayo anterior, si bien ellas están miradas desde otro punto de vista.

\* \* \*

*Tomo VI de «El Espectador».*—Tiene este otro tomo un carácter sobradamente periodístico. Su contenido es de pequeños ensayos filosóficos, de artículos llenos de actualidad y de una conferencia—admirable, por lo demás—o discurso sobre el arte romántico. El primer trabajo del libro es un artículo titulado «Dios a la vista», en que Ortega y Gasset muestra una vertiente que hasta hoy había ocultado con avara y ceñuda consecuencia: la ironía. En efecto, dice allí que así como la tierra se aleja del sol y se acerca a él, alternativamente, en épocas determi-

---

• Tomo V, Pág. 115.

nadas del año, de la misma manera el alma humana se acerca a Dios o se aleja de él. Este fenómeno pertenecería a la fatalidad histórica, del mismo modo que pertenece a la fatalidad cósmica el otro. Hoy estaríamos en uno de esos períodos de acercamiento, y tal como el navegante trepado en el palo del buque, anuncia a sus compañeros la tierra que se divisa en el horizonte, así el hombre grita hoy: «¡Dios a la vista!» Es este artículo una pequeña obra maestra, del más sabroso gusto intelectual.

A continuación se leen en este libro unas muy acertadas páginas sobre el fascismo, de las cuales me bastaría citar este fragmento para destacar su inmensurable importancia: «El fascismo—escribe \*\*—tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes; como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta». Más adelante insinúa Ortega y Gasset un problema de insoslayable importancia política. ¿El desprestigio de las instituciones establecidas es un hecho «superficial, transitorio, originado en abusos particulares de estos o los otros hombres encargados de ejercer los diferentes poderes», o significa «modificaciones radicales en las ideas y en los sentimientos del europeo?» Claro está que la respuesta de Ortega y Gasset favorece la segunda de estas hipótesis, que hemos planteado con sus propias palabras.

Mucha relación con este tema del fascismo revela el siguiente artículo del tomo que nos ocupa. «Destinos diferentes». Son unas breves anotaciones llenas de justeza sobre el *ethos* español y el *ethos* italiano. En el segundo reconoce Ortega y Gasset un «genio plástico», y agrega: «Cultiva el gesto, la actitud, la vertiente de sí mismo que da al prójimo. Se complace en las formas opulentas». El *ethos* español, en cambio, «es sorprendente que

---

\*\* Tomo VI, Pág. 22.

siendo meridional sea tan reconcentrado. No es sensual ni ostenta el desnudo». Estos *destinos diferentes* llevan a los dos pueblos a abrazar dos manifestaciones diversas de la vida: el italiano ama la vida pública y la antepone a la privada. El español, en cambio, prefiere la segunda. «La vida es antes y más hondamente vida privada que vida pública. Supeditar por completo aquélla a ésta es una perversión y un error» \*.

Pero no sería posible continuar analizando cada uno de los pensamientos de que está nutrido este variadísimo libro. De paso, anotemos la acertada definición de la vida romántica, en la conferencia que ya hemos mencionado; las observaciones para una «interpretación bélica de la historia»; las que sobre la muerte de Roma provoca a Ortega y Gasset un estudio de Max Weber sobre las «Causas sociales de la decadencia de la cultura antigua»; la amena divagación titulada «Nuevas casas antiguas», que es una certera exposición de principios estéticos no siempre recordados, y, en fin, la «Meditación del Escorial», anunciada ya por 1916 en «Personas, obras, cosas», y digna de un estudio más detenido que no podemos acometer en esta ocasión. En suma, este último tomo de «El espectador» es un buen compañero de los anteriores, aun cuando las ideas en él contenidas han sido, a menudo, sólo insinuadas en la presurosa divagación periodística.

\* \* \*

También es muy periodístico el carácter de «Espíritu de la letra», tercero de los libros de Ortega y Gasset, aparecidos en este año. Este volumen comprende algunos de los folletones semanales que el ensayista publica en *El Sol* de Madrid. Tienen estas páginas una virtud particularísima: nos muestran a Ortega y Gasset como crítico literario, como cronista de la actualidad de las letras europeas. Y Ortega y Gasset tiene desde antiguo

---

\* Tomo VI, Pág. 50.

una declarada afinidad con la crítica literaria, en la cual ve un contenido más importante que el que atribuye a esta disciplina el vulgo letrado. En efecto, en su libro «Meditaciones del Quijote», publicado en 1914, acaso uno de los más bellos esfuerzos intelectuales de este escritor, se leen las siguientes palabras: «Veo en la crítica un fervoroso esfuerzo para potenciar la obra elegida. Todo lo contrario, pues, de lo que hace Sainte-Beuve cuando nos lleva de la obra al autor, y luego pulveriza a éste en una tlovizna de anécdotas. La crítica no es biografía ni se justifica como labor independiente, si no se propone completar la obra... Procede orientar la crítica en un sentido afirmativo y dirigirla, más que a corregir al autor, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto» \*\*. Esta interpretación de la crítica como disciplina paralela al esfuerzo del escritor y como intermediario inteligente entre el libro y el lector, encierra innúmeras consecuencias. El crítico aparece aquí separado de todo lo que pueda constituir labor de menuda rectificación sobre la letra de lo escrito. En el título mismo de este libro aparece resumida esta profesión de fe crítica. El crítico no atiende a las singularidades personales de los autores cuyas obras examina. Le interesa más deprender el *espíritu de la letra*, adentrarse en la obra y aspirar por la inteligencia de todos sus propósitos, a comunicar al lector ese espíritu, inasible y huidizo para quien no tenga sentidos aptos.

La inteligencia penetrante de Ortega y Gasset, su clara mirada, su cultura poliglota, sutilmente ingerida entre las frondas de una manera barroca; su capacidad de disociación ideológica; que lo hace abarcar los pensamientos más distantes, sin caer en delito de dispersión, todas las cualidades que pueden hacer al buen crítico, entre las que no debemos olvidar la que nos parece principal y que Ortega y Gasset posee en egregio grado: una jugosa y viril sensibilidad, convergen en estos artículos y los hacen ser los más atendibles ensayos literarios de la actual literatura peninsular. Son artículos de un corte perfecto. No

---

\*\* «Meditaciones del Quijote», Pág. 52. Edic. de la Residencia de Estudiantes, 1914.

sólo están concebidos con una insuperable conciencia de la complejidad de la función crítica, sino que, además, están realizados con una amenidad de buen tono que es señuelo irresistible para toda ralea de lectores.

Multitud de ideas ya familiares al lector asiduo de Ortega y Gasset vuelven aquí a entremezclarse al curso de estos ensayos, breves pero capaces de abrir a menudo dilatadas perspectivas. Su lectura suscita un problema: el de averiguar qué está más desarrollado en el espíritu del autor, si la sensibilidad que le lleva a anhelar siempre lo nuevo y a gustar sólo pequeños recintos de las obras literarias que pasan bajo sus ojos, o la inteligencia, pertrechada con armas que no son comunes y adiestrada en una larga y vieja batalla por la conservación de la flexibilidad y de la autonomía. Pero en realidad lo que más seduce en estos ensayos es la armónica fusión de ambos ingredientes. La sensibilidad no camina sola en esta prosa perfecta, ocultamente acomodada a un ritmo; su compañera constante es la inteligencia, universal capacidad de comprender, que en Ortega y Gasset está desarrollada con riqueza y profusión. De allí la impresión de solidez que dejan estos artículos, que han tenido tan breve y precaria elaboración. Cada uno es el resultado de una adecuación perfecta entre el talento y el gusto, y por ello agradan igualmente al gusto que al talento.

¿Cuál preferir, si en todos ellos resplandecen idénticas proporciones armónicas? No olvidemos, sin embargo, como los más logrados los que se refieren a la obra literaria de Gabriel Miró, a las ideas sobre la novela formuladas por Henri Massis, a Góngora en su centenario y alguno más. Cada uno de los mencionados trabajos basta, nos parece, para definir la capacidad crítica de Ortega y Gasset, por lo menos en sus principales aspectos.

\* \* \*

En «Mirabeau o el político» emprende el ensayista un trabajo de muy diversa índole, si bien el sostén aparente de la divagación

es el examen de un libro sobre Mirabeau. Este ensayo no puede caer dentro de lo que Nietzsche llamaba «consideraciones inactuales»; al contrario, «Mirabeau o el político» tiene una actualidad imperiosa y terminante. Hay dos objetivos visibles, con poco esfuerzo, en este ensayo. Es el primero hacer el retrato o diagrama del político de genio, del gran político que imprime en las formas de gobierno una huella más o menos duradera, en todo caso personal. En otros términos, consiste en trazar el contorno del político como clase o especie de hombre de existencia real, equiparable a la del poeta o a la del guerrero. Para este retrato avanza el ensayista muchas ideas que conviene retener: «...Mirabeau era un organizador nato. Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político. Ponía orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior» \*. Luego: «Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política o se viene para hacer definiciones» \*\*. Más adelante: «Hay, pues, dos clases de hombres: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse, es preocuparse de las cosas, es interponer ideas entre el desear y el ejecutar. La preocupación extrema lleva a la apraxia, que es una enfermedad. El intelectual es, en efecto, casi siempre un poco enfermo. En cambio, el político es—como Mirabeau, como César,—por lo pronto, un magnífico animal, una espléndida fisiología» \*\*\*. En seguida: «Al intelectual de casta le sobrecoige siempre ese don de la mentira que posee el gran político» y «todos los grandes hombres políticos carecen de vida interior» \*\*\*\*. Tales son los rasgos insinuados por Ortega y Gasset para la efigie del político, y he aquí el resumen que él mismo hace: «Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, po-

---

\* «Mirabeau». Pág. 17.

\*\* Idem. Pág. 46.

\*\*\* Idem. Pág. 53.

\*\*\*\* Idem. Págs. 61 y 63.

breza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas, elementales, de un genio político» \*.

El otro objetivo visible en este ensayo es avanzar ideas que ayuden a resolver el problema actual de Europa, que es también el de España en la medida en que España hace parte de Europa. Definido el político, en la forma en que lo ha visto el lector por las citas anteriores, Ortega y Gasset estudia la posibilidad de salvación del continente europeo. Para él este asunto se reduce a que Europa quiera buscar y ver en la vida lo que ésta efectivamente contiene, no lo que se querría encontrar en ella. Y en seguida asienta: «Asia es conformista: para ella lo que es, debe ser. Europa es reformista: para ella lo que no debe ser, no es. Si algún sentido trascendente tiene el hecho de la convivencia intercontinental que caracteriza al siglo presente, será, a no dudarlo, hacer posible el mutuo complemento de esas dos tendencias exclusivas: la reforma emanada de una previa conformidad con lo real; la modificación ideal de la vida, que parte de haber reconocido previamente sus condiciones» \*\*. Claro está que este programa es algo más que un simple programa político. Es un programa de reforma ideológica total, puesto que representa la entrada de pensamientos y puntos de vista asiáticos en el ideario occidental, orgulloso por haberse mantenido, durante siglos, incontaminado de orientalismo. Pero tampoco en él puede notarse predominio de los ideales de Asia, sino justo y proporcionado equilibrio entre dos fuerzas que divergen desde su origen.

Más adelante el pensamiento de Ortega y Gasset se ciñe de manera precisa a la realidad ambiente, y pasa a esbozar la acción política posible en España. Para ello determina primero el papel del Estado dentro de la nación: «Política—dice—es tener idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación». O más precisamente: «El Estado no es más que una máquina situada dentro de la nación para servir a ésta» \*\*\*.

---

\* Idem. Pág. 66.

\*\* «Mirabeau». Págs. 73 y 74.

\*\*\* Idem. Págs. 75 y 76.

Estos principios sirven de base al autor para exponer una serie de ideas dignas de la mayor atención, sobre el gobierno y el Estado. Esbozadas apenas, muchas veces nada más que insinuadas, permiten sin embargo avaluar la riqueza de sugerencias políticas que este escritor podría proporcionar para el gobierno de su patria. Pero no nos hagamos vanas ilusiones: el pensamiento de Ortega y Gasset tiene dentro de España un carácter muy poco *ortodoxo* y se encuentra a inmensa distancia del estado de espíritu reinante en las esferas gubernativas. No es extraño, pues, que sus ideas políticas no logren impresionar la arcilla de instituciones en actual renovación.

Del ensayo de Ortega y Gasset que analizamos se desprende también una conclusión que no podemos dejar pasar inadvertida. En efecto, la enumeración de las condiciones que forman el genio político prueba que esta especie de hombre se encuentra poco menos que extinguida en gran número de naciones europeas. Una política adocenada, conducida por individuos que no pueden afiliarse en la orden de los grandes políticos, conforme los trazos que nos ha proporcionado Ortega y Gasset, sería el patrimonio de esta época mediatizada. En efecto, si se piensa que Mussolini, por ejemplo, a quien tantos confieren el título de *genio político*, si bien posee la dosis de histrionismo que parece el primer ingrediente del gran hombre político, ha debido introducir en Italia un orden por presión, desde fuera, con armas extraordinarias \*, se concluirá que no es el genio político anhelado o supuesto. Lo mismo puede decirse respecto de muchos otros gobernantes a quienes ha exaltado el azar y que han debido sujetar la estructura social por medio de procedimientos irregulares, de fuerza o sorpresa.

Pero no es nuestro propósito hacer comentarios políticos, sino anotar la importancia literaria de estos libros, cada uno de los cuales muestra nuevas facetas de la mentalidad de Ortega y Gasset. Las ideas nuevas que en ellos encontramos, las delicadas sugerencias que cada tema suscita en el ensayista, los

---

\* El Espectador. Tomo VI.

finos atisbos de su sensibilidad, siempre en estado de exaltación, hacen destacar a estos libros con rasgos muy personales en el conjunto de la producción española de hoy. Y nuestro objeto no ha sido otro que espigar en sus páginas aquellas palabras que logren suscitar en otros lectores el deseo de seguir la obra de este escritor en su varia multiplicidad.

✓ RAÚL SILVA CASTRO.